

A LOS JÓVENES ARGENTINOS Y CHILENOS

Encuentro por la paz en la Cordillera

8 de octubre de 1978

Cerca del Cristo Redentor, en momentos de gran tensión entre los dos países por el conflicto austral, los jóvenes se reunieron a hacer oración común. Más de 600 jóvenes de ambos países escucharon este Mensaje, el 8 de octubre de 1978.

Muy queridos jóvenes:

Interpretando lúcidamente el anhelo común de argentinos y chilenos, han querido ustedes reunirse -más allá de las barreras de la naturaleza y del hombre- para orar por la paz de nuestros pueblos hermanos.

Ustedes son plenamente conscientes del significado y alcance de este Encuentro. Es un Encuentro de juventudes.

En ustedes se encarna la vida que nace, alegre, confiada, aún no contaminada por el odio o el cálculo egoísta, radiante de fe victoriosa. Ustedes sueñan con un mundo en que el hombre vea respetada su dignidad de persona y su vocación al amor. Ustedes creen que ese mundo es posible de construir.

Ustedes han comprendido que el hambre y sed de justicia y la voluntad de hacer obras de paz, no son una utopía irrealizable: son un imperativo y un deber moral; son una bienaventuranza. Y han querido reunirse -superando distancias, alturas, suspicacias, escepticismos- para estrechar sus manos y corazones de jóvenes y proclamar juntos su fe en la Vida y su decisión por la Paz.

"Nosotros creemos en la Vida -están ustedes diciendo con su gesto-. Nosotros creemos que la Vida es un don divino y una tarea divina que el hombre no puede menospreciar ni tiene el derecho de frustrar. Nosotros creemos que el plan de Dios en nuestras vidas es un designio de amor y no de odio, de comunión y no de hostilidad, de servicio y no de imposición. Nosotros creemos que sólo nos es dado vivir una vez, y en ésta, nuestra única oportunidad, conquistar el amor que se hará Vida eterna."

Y este acto de fe en el Dios de la Vida lo concretan ustedes en una vigorosa decisión por la Paz de Dios.

La paz que ustedes quieren afianzar no es el equilibrio inestable, basado en la equiparidad de armamentos o en la abstención momentánea de hostilidades. Ustedes no quieren esa paz precaria, en que la noche y el día se transforman en vigilia armada. Ustedes quieren erradicar definitivamente el espectro de la guerra, que falsea la psicología de hombres y pueblos y envenena su alma con la pesadilla del odio, la destrucción y la venganza.

La Paz -ustedes lo saben- es obra y fruto de la Justicia, corona de la Libertad, don precioso del Amor. Nace de un trabajo paciente por conocerse y comprenderse, de un respeto a los derechos ajenos, de una confianza recíproca, de una delicadeza que evita ofender y facilita entendimientos razonables. Hija del amor, de ella vale todo lo que el Apóstol nos dice sobre la caridad: es paciente, es servicial, no es envidiosa, no es prepotente, no busca su propio interés, se alegra con la verdad y con la justicia, todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

Esa paz es fruto del Espíritu de Dios. Es la paz que sólo Cristo puede dar. Y es ese mismo Espíritu de Cristo el que los ha impulsado a ustedes a encontrarse para orar, implorando, con la irresistible fuerza de la unidad, el don de la paz.

Estoy cierto de que Dios bendecirá este gesto y acogerá esta plegaria común. Porque Él quiere la paz. La quiere de un modo particular para estos dos pueblos que su Providencia quiso cercanos y hermanos y que nacieron juntos a la fe y a la libertad. Y la quiere sustentada precisamente sobre las armas que ustedes han escogido, las mismas, las únicas que usó el Señor: Palabra, Testimonio, Oración, Amor hecho servicio y sacrificio.

Fue en una montaña donde Cristo se transfiguró, en compañía de algunos discípulos, convirtiendo la soledad de las cumbres en un lugar apacible y deseable de habitar para siempre. Quiera Él, desde esta montaña bendecida con su presencia, transfigurar la historia indisolublemente común de Chile y Argentina en una alianza de amor y de paz, bajo el manto materno de María. Reciban la bendición, el cariño y la gratitud de este Pastor.

RAÚL CARDENAL SILVA HENRÍQUEZ
Arzobispo de Santiago

